



El poeta y activista Marcos Ana, en 2010, en su casa de Madrid. JOSÉ AYMA

LA RAREZA DE SER UN HOMBRE BUENO

El poeta y activista Marcos Ana, preso político que más tiempo estuvo ininterrumpido en las cárceles de la dictadura, fallece a los 96 años

ANTONIO LUCAS

La última vez que Marcos Ana habló para las páginas de este periódico dijo una frase que sintetizaba bien la fatiga y el entusiasmo que le daban contorno en estos últimos años: «Voy como un sonámbulo urgado por el mundo». Por entonces tenía algo más de 90 años y aún miraba la vida con ansia de lente de aumento. Todo le parecía poco. Los escualos de la represión franquista le habían robado 23 años de vida en las cárceles de la dictadura por un delito de primerísima calidad: oponerse a ella desde la orilla del Partido Comunista. Marcos Ana se llamaba Fernando Macarro Castillo. Nació en un pueblo de Sa-

lamanca, San Vicente, en 1920. Descubrió la poesía en una celda en la que no había más lenguaje que el miedo. Y allí decidió llamarse Marcos (por su padre) y Ana (por su madre). Cansado de verla a ella de cárcel en cárcel, agotada, siguiendo los pasos del hijo.

Si algo podías decir después de un rato junto a este poeta y activista es que sudaba bondad. Algo difícil de escribir por cautela. Y quizá por pudor. Pero que en el caso de Marcos Ana era un distintivo de autenticidad sin fisuras. Era un hombre bueno. Magro y elegante. De elasticidad asombrosa y paso ágil. Se había acostumbrado al paso urgente al abandonar la última

de las cárceles donde fue huésped del sobresalto. En el presidio de Porlier (Madrid) el dramaturgo Buero Vallejo le presentó a Miguel Hernández. Estuvo condenado a muerte en dos ocasiones. Una de ellas por confeccionar un periódico para informar a los presos. Le conmutaron cada una de las penas por 60 años de prisión. Aprendió a hacer del terror resistencia más que costumbre. «Al dejar la cárcel me convertí en un ciudadano de la Vía Láctea. No he parado de viajar. Empecé a hacer todo aquello que siempre quise, aunque mucho más tarde». Entró con 18 años y salió con 41. «Me dejaron libre por un decreto que obligaba a soltar a los presos que llevaran más de 20 años ininterrumpidos en prisión. Yo era el único». Regresó a la vida sin casa, sin sitio, sin dinero, desnortado y virgen. Con la libertad por descubrir.

Para entonces ya tenían el primer libro de poemas publicado, *Poemas desde la cárcel*, que un grupo de amigos mandó a imprimir en Brasil. Habían logrado sacar esa mercancía del presidio con mil pueretas. Era 1960. Aquel testimonio provocó una campaña internacional para su liberación. Firmaron, entre otros, Pablo Neruda y Rafael Alberti. Escribía en papeles de fu-

mar donde, con paciencia amanuense, apuntaba versos mojado en tinta la punta de un alfiler. Marcos Ana era un nombre que sonaba ya en todos los frentes donde el antifranquismo se asentó.

Cuando le abrieron el cerrojo de la calle, le dio un vértigo de aire limpio al que tardó en acostumbrarse. La libertad es bella y, de golpe, puede resultar venenosa. Al mes se fue a París como un evangelista insurrecto. Y regresó definitivamente en 1976. En Francia fue un activísimo eslabón de la larga cadena de exiliados por *sugerencia* del franquismo. Allí se vinculó a la editorial Ruedo Ibérico, faro de costa de la *resistencia* española. Y comenzó a vivir.

Los últimos años de Fernando Macarro, Marcos Ana para la historia, fueron los de un hombre insaciable hacia las cosas del mundo: del entusiasmo a la protesta. Escribió unas memorias emocionantes más que emocionadas: *Decidme cómo es un árbol* (editorial Umbriel). Almodóvar las quiso para el cine. Fibroso y noble, fue un *comunista* de los que aún levantaba el puño cerrado en plan trofeo democrático. Hasta no hace mucho iba por la vida con la prisa del superviviente, como un pura sangre de recuerdos sin un gramo de revancha en el galope.

APRENDIÓ
A HACER
DEL
TERROR
RESISTEN-
CIA MÁS
QUE
SIMPLE
COSTUM-
BRE